

Reseña

Canadá, El Caribe, política, economía e historia

Milagros Martínez Reinoso

Aportes, Revista de la Facultad de Economía, BUAP, Año XVIII, Número 49, Septiembre - Diciembre de 2013

La Conexión Canadá-Caribe: política, economía, historia y migraciones recientes. Coordinadora: Milagros Martínez Reinoso. La Habana, Universidad de La Habana, 2013.

La colección de ensayos que conforman este libro ofrece una oportunidad excepcional de encontrar reunidos, análisis actuales y estimulantes sobre las relaciones entre Canadá y el Caribe desde las miradas de la política, economía, historia y las migraciones. Los lectores interesados en una aproximación crítica y desprejuiciada que permita, a la vez que aprender, revisar con franqueza estereotipos que por años han cimentado una visión simplificada en la construcción de la narrativa sobre las relaciones del Caribe con Canadá, tiene en estas páginas la oportunidad de entender, desde un prisma diferente, los nexos entre el Caribe y Canadá.

Las bases de contacto entre Canadá y varios de los países latinoamericanos, especialmente los caribeños, están aso-

ciadas a prácticas culturales, un imaginario político con elementos comunes y a factores económicos e históricos relacionados con posiciones diferentes a las sostenidas por Estados Unidos en temas de relaciones internacionales y que apuntan más a la concertación de intereses y riesgos compartidos que a la subordinación hegemónica. Otros componentes que refuerzan la cercanía son los antecedentes históricos (la formación de la identidad nacional a partir de la noción de descolonización e independencia), así como la estructura económica. Hasta hace relativamente pocos años Canadá era mayoritariamente dependiente de las exportaciones de productos primarios, con una alta concentración de los vínculos comerciales desde y hacia los EE.UU.

Estos rasgos sirvieron de base para una proyección canadiense con relativa estabilidad que puede identificarse *grosso modo* desde los años setenta hasta fines de los noventa, en un ciclo de largo término iniciado con Pierre Eliot Trudeau, que concluye visiblemente con la elección de Stephen Harper. Bajo su

gobierno se produce un corrimiento en muchas de las normas que distinguieron una posición relativamente independiente de los Estados Unidos hacia un alineamiento más cercano, tanto en los temas internacionales como en los interamericanos.

Bajo el gobierno de Harper se identifica como el documento político más importante, en términos de conceptualizar y definir las prioridades estratégicas de la relación canadiense con América Latina y el Caribe, al informe de gobierno «Canadá y las Américas: Prioridades y Progreso 2009», que desde que fuese hecho público en 2009 se mantiene como la referencia vigente. Desde entonces, no ha sido emitido otro instrumento o referente que modifique o revise sus componentes. En este documento se define con claridad el enfoque de la política exterior de Canadá para la región, identificando tres pilares:

1. Gobernabilidad Democrática: dirigido al fortalecimiento de las instituciones, las prácticas y los principios democráticos.

2. Prosperidad: fundamentalmente asociado al papel de la cooperación económica, como instrumento de promoción de la estabilidad, mediante el apoyo a los procesos que promueven el crecimiento y dinamismo económicos, una inversión sostenible ambientalmente, y el fomento de mercados más abiertos que generen más oportunidades y empleos.

3. Seguridad: El apoyo a los procesos de estabilidad y seguridad regionales, mediante la disminución de la incidencia de las amenazas informales, tales como la lucha contra el contrabando de drogas y su influencia en la gobernabilidad y transparencia de los procesos institucionales, el enfrentamiento al crimen organizado, la prevención y las medidas de recuperación para atenuar el impacto de los desastres naturales, cuya incidencia se ha incrementado como consecuencia de los efectos del cambio climático y las pandemias.

Sin dudas, la parte más activa de esta política son las acciones que se ejecutan en proyectos para la reducción de la pobreza y desigualdad por intermedio de organismos regionales como la Organización de Estados Americanos (OEA) y la Organización Panamericana de la Salud (OPS). Su instrumento más activo es la asistencia humanitaria y comprende tanto la concertación de acciones en respuesta a eventos naturales (terremotos, huracanes, inundaciones) como las acciones de mediano y largo plazo para enfrentar la pobreza, en apoyo a la producción de alimentos, mejoras de servicios sanitarios, etc. Los países receptores de las mayores contribuciones han sido Haití (casi 5 veces más que todo el resto), Colombia y Guatemala. Han participado organismos como la Cruz Roja, Programa Mundial de Alimentos, y el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR).

Pero más allá de este marco general de referencia, la característica esencial de la relación latinoamericana y caribeña con Canadá ha sido la propensión del Sur —sobre todo por parte de los pequeños países insulares—, a sobrestimar la disposición y la importancia que Canadá concede a las relaciones con la región. Esto se debe en parte a dos factores: uno es la poca importancia que se le ha concedido tradicionalmente en Latinoamérica y el Caribe al estudio de la dinámica política doméstica de Canadá. Por esa razón, el escenario más frecuente en las concertaciones es que parten de una insuficiente comprensión sobre las fuentes de cambio en las visiones y las necesidades de la clase política canadiense. En su lugar, este vacío se ha reemplazado con la retórica de la cancillería canadiense, que tampoco va mucho más lejos del empleo de fórmulas de ayuda al desarrollo, orientadas preferentemente hacia el asistencialismo antes que a la formación de capacidades autónomas o de proyectos conjuntos.

El segundo elemento de peso en esta perspectiva es la irrelevancia de América Latina y el Caribe para la visión global de los intereses canadienses. Hasta hace poco tiempo, la participación de Canadá en múltiples foros internacionales como promotor o facilitador de concertaciones proveía una funcionalidad importante en la visión del lugar del país en el concierto internacional. Todo esto cambia notable-

mente después de dos eventos, los ataques terroristas del 11 de septiembre y la elección de Harper en 2006 como Primer Ministro. Se produce entonces un rápido corrimiento de la proyección externa canadiense: de «power broker» entre los países que apoyan una presencia activa de los organismos multilaterales en los asuntos internacionales, a aliado cercano de los EE.UU. Este quasi abandono de la senda de la concertación obedece a una profunda transformación interna en las visiones de los partidos políticos que se estaba gestando desde hace más de diez años.

Aunque la política canadiense declara conceder prioridad a su proyección hacia América Latina y el Caribe, el desempeño efectivo contradice estos supuestos propósitos. No pocos expertos concuerdan en que esta posición en verdad no se refiere más que al apoyo a los acuerdos de libre comercio y a las inversiones canadienses en sector de la minería, inversiones que a su vez ha sido duramente cuestionadas por sus agresivos impactos medioambientales y por imponer condiciones onerosas que no se admiten en territorio canadiense a las comunidades cercanas a estas industrias.

De hecho, el componente más activo en la actualidad en el proceso de implementación de la política externa canadiense es el componente de «seguridad». Las nociones actuales han ampliado el espectro de su contenido y, a diferencia de hace una década, la no-

ción de «seguridad» incluye hoy no solo el terrorismo, narcotráfico y las amenazas convencionales, sino que se extiende, desde los eventos climáticos, hasta los incidentes migratorios o los traumatismos económicos.

Es en este contexto en que se presenta esta colección de ensayos, que proponen una indagación sobre la naturaleza de los vínculos canadienses con Latinoamérica. Elaborados por reconocidos expertos de varios países, los trabajos se estructuran en torno a cuatro ejes temáticos: 1-la política exterior, —tanto en la perspectiva de la evolución canadiense como en la relación triangular entre el Caribe, Canadá y los Estados Unidos—, 2- en el plano social: los vínculos de la intelectualidad y la presencia de la diáspora de Jamaica y Cuba en Canadá; 3- el tema racial; y 4- las relaciones económicas y de cooperación.

Se exploran varios temas cuya discusión es parte activa de las controversias en los foros académicos. Algunos de los textos están orientados con mayor énfasis hacia el impacto de la coyuntura de la crisis económica global, que entre

otras consecuencias acarrea una reducción de los recursos que se asignan para la cooperación internacional y el desarrollo, —que es precisamente uno de los ejes más activos de la presencia multinacional canadiense, y quizás el de mayor impacto socio económico—, justo cuando la región necesita más de recursos externos para enfrentar esos mismos efectos para evitar un retroceso en términos de sostenibilidad del desarrollo. Otros abordan perspectivas críticas sobre la diáspora caribeña y el argumento de lo racial en su interrelación con la definición de vínculos transnacionales y transculturación de valores y referentes idiosincrásicos.

El lector tiene en sus manos una colección versátil, y con toda seguridad de provecho, para estar al día con los resultados de los debates de la academia y para profundizar en la comprensión de los temas propuestos. Sirva este esfuerzo para fomentar el interés y la educación, tanto de estudiosos como novicios, educación y debates sin los cuales ninguna nación logra superarse y avanzar.

La Habana, noviembre de 2013.